

René Vergara



## Crímenes que hicieron historia

### Crímenes Inolvidables

1923 / 1954



Editores  
Wordtheque: www.logos.it  
Ernesto Carmona Editor

PORTADA del libro "Crímenes inolvidables" editado por Ernesto Carmona.

# La crónica roja

envolvía el tronco dentro del saco, se derumbó. Contó una larga historia de infidelidades que no pudo soportar.

Rosa Faúndez fue condenada a presidio perpetuo, pero a los 20 años salió en libertad por buena conducta. "Regresó a vender diarios", escribe René Vergara "a la misma calle de su vida, de su crimen, de su hombre y de su propia muerte por vejez".

#### UNA FLOR EN EL OJAL

En los años 40 la prensa sensacionalista chilena era muy activa. Especulaba con los crímenes, los investigaba por su cuenta y solía descubrir a los culpables, cuando no enredaba las cosas... "Las Noticias Gráficas" casi no tenía competidores. "Llorando, 800 invertidos negaron saber quién mató a martillazos al pintor Madge", decía uno de sus títulos. Aludía a un asesinato que no se aclaró nunca, tal vez porque la solución apuntaba a figuras de Viña del Mar ligadas a la política y la Armada.

El 14 de abril de 1947, tres hombres bien vestidos abordaron un taxi Ford modelo 38, frente a la Municipalidad de Santiago. Partieron por calle Puente hacia el norte. El chofer, Juan Arenas, de 52 años, no volvió. Sus compañeros taxistas no se extrañaron, porque solía perderse por temporadas. Sin embargo, como pasaron veinte días sin que apareciera, intervino la policía. Ni la mujer de Arenas ni su amiga sabían nada de él. La prensa titulaba: "Fue asesinado porque sabía mucho", "Por venganza mataron al chofer Arenas". Siguieron las pesquisas y un mes después el detective Olivar vio que algo parecido a una mano asomaba en las aguas del canal Santa Rosa de Huechuraba. Era el cuerpo del chofer Arenas.

"¡Venganza!", decía un titular de "Las Noticias Gráficas". "Arenas guardaba un secreto terrible". "El auto está en Argentina: los asesinos son contrabandistas de automóviles". Otro aventuró: "Se suicidó porque su mal no tenía remedio".

La verdad se aclaró cuando René Vergara decidió buscar el auto por el número del motor en todos los estacionamientos y talleres de Santiago. Era una revolución en la forma de investigar. Había 200 Ford de ese tipo en la capital. Pero lo hallaron y llegaron a Fernando Jerez, un gigantón de un metro ochenta y seis, que recibió tartamudeando a la policía. Confesó haber pagado mil pesos al inspector de patentes del municipio para que le diera un padrón y patente falsa. El había matado a Arenas. Técnico agrícola y presidente de la Juventud Conservadora de Peumo, Jerez se casó dos días después del crimen con una muchacha de 17 años. Llegó a la iglesia de smoking y flor blanca en el ojal. Antes de vender el Ford robado, se fue en el vehículo de luna de miel al sur.

#### CABEZA EN EL JARDIN

Con frecuencia René Vergara inicia sus relatos pintando el contraste entre el lugar del crimen y el hecho criminal. En "El de-

capitado de Quillota" describe esa ciudad como un paradero entre dos grandes urbes, donde una población casi pastoril comercia sus chirimoyas y sus paltas en paz (1948).

Pero una mañana, en el antejardín de la casa del dentista Maldonado (de visita en Santiago en ese momento) apareció la cabeza de un hombre, perfectamente lavada, pero tumefacta, horrible, con un ojo abierto, limpio y sano, y otro cerrado en una especie de "mueca del arcano". La policía acudió atraída por los gritos de espanto de transeúntes que se acercaron a ver de qué se trataba. Incluso los investigadores llegados de Santiago debieron luchar contra su propio espanto, dice Vergara. La cabeza aparecía peinada con agua y fibrina de sangre, con un pequeño mechón que se despeinaba sobre la frente.

El caso se redujo finalmente a la historia de dos homosexuales que, aprovechando la ausencia del dentista Maldonado, se reunieron en esa casa de Quillota después de cenar en un restaurante y terminaron en una feroz disputa por dinero. Uno era Luis Ogaz, jardinero y hombre de confianza del dentista, que dejó la casa a su cargo. Era un cuarentón que no aceptó las exigencias de dinero que le hacía su invitado. El arma que empleó el asesino, Carlos Arancibia, pertenecía al stock de herramientas que Ogaz manejaba diariamente.

#### EL INCREIBLE TUCHO CALDERA

El caso del Tucho Caldera conmovió a la opinión pública durante meses. Comenzó con la desaparición de un próspero comer-



RENE Vergara, fundador de la Brigada de Homicidios de Investigaciones.

ciente árabe de San Felipe, Demetrio Amar Abedrapo. Un conocido suyo, Alberto Hipómenes Caldera García, llamado el Tucho, tenía una explicación sorprendente. Amar se había ido a Santiago para viajar luego a Palestina. Antes de partir le había dejado un poder notarial para hacerse cargo de su negocio y propiedades. Mediante otro poder, lo autorizaba para contraer matrimonio en su nombre con María Elsa Caldera, hija de 19 años del propio Tucho.

Toda una historia absurda que le aseguraba la propiedad de los bienes de Demetrio Amar. El Tucho era un personaje en San Felipe. Pertenecía a una familia tradicional, era de conversación fácil y con sus casi cien

En la primera mitad del siglo XX ciertos crímenes podían mantenerse meses en primera página de los diarios causando un impacto social considerable. Así lo comprueba el libro "Crímenes inolvidables" que Ernesto Carmona Editor acaba de poner en librerías. El autor es René Vergara, un notable detective y escritor que incluye en estas narraciones varios casos que estremecieron a la opinión pública chilena y que él mismo resolvió. Entre ellos, los de Alicia Bon, del chofer Arenas y del Tucho Caldera.

René Vergara nació en 1918 y estudió en el colegio de los jesuitas de Antofagasta. Fue compañero de curso del candidato presidencial DC Radomiro Tomic. Siendo aún adolescente colaboró en "Leoplán", revista argentina de éxito en América Latina. Allí publicó su primer cuento, "La bailarina de los pies desnudos", recogido más tarde por Editorial Zig-Zag en su antología "Los mejores cuentos policiales de todos los tiempos".

Durante la dictadura de Ibáñez, René Vergara se fue a Argentina. Regresó cuando tenía 20 años a estudiar criminalística. Viajó después a Inglaterra a perfeccionarse y a su regreso fundó y dirigió durante diez años la Brigada de Homicidios de la policía de Investigaciones que significó un salto en el nivel técnico de la profesión policial en Chile.

René Vergara veía la criminalidad como un fenómeno derivado de la realidad social. Un fragmento excepcional de su libro, inserto en "El caso Alicia Bon", es una verdadera diatriba contras las razzias policiales, que a su juicio fomentan el crimen en vez de frenarlo.

La fama de René Vergara fue más allá de las fronteras. En 1959, contratado por la OEA, viajó a Bolivia a aclarar la muerte de Oscar Unzaga de la Vega, un opositor al gobierno del MNR y estableció que se trataba de un suicidio. En 1960, a la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, fue a Venezuela a crear una escuela de criminalística profesional y democrática. Investigó además el atentado al presidente Rómulo

Betancourt instigado por la dictadura dominicana de Rafael Leonidas Trujillo.

Cuando en Chile se impuso la dictadura de Pinochet, René Vergara había abandonado ya la profesión policial. Se dedicó a leer y escribir, entristecido por el alejamiento de sus hijos y numerosos amigos que debieron salir al exilio.

#### LAS "CAJITAS DE AGUA"

El primero de los crímenes reseñados en el libro es el de las "cajitas de agua". Santiago era en 1923 una ciudad bucólica con olor a poleo -dice René Vergara-, a chicharrones, a tierra húmeda. Los guardianes del orden vestían uniforme azul, según el modelo británico. Las cajitas de agua eran unos pozos rectangulares que se llenaban con agua del río Mapocho destinadas al funcionamiento de las alcantarillas. Un limpiador de servicio descubrió allí un saco que contenía una pierna humana. Alarma pública. Los diarios empezaron a especular: Esa pierna ¿había sido robada en la morgue? ¿Era obra de un médico loco? Días después apareció otro saco. En su interior, un tronco humano que se correspondía con la pierna. ¿A quién pertenecían? Muchos lloraron junto a esos restos, suponiendo que podían ser de algún pariente desaparecido. La policía detenía a cualquier sospechoso que transitaba por la calle con un saco. La prensa publicaba nuevas conjeturas.

En corrillos de suplementeros se comentaba la desaparición de Efraín Santander, apodado "El Aguila". Se advirtió la semejanza de las piernas: la del saco y las robustas de ese compañero que corría por las calles de Santiago voceando "La Nación", que se entregaba en bolsas amarradas con una cuerda idéntica a la que cerraba los sacos hallados en las cajitas de agua.

En un conventillo de la calle Santa Rosa, la policía entrevistó a la conviviente del desaparecido, Rosa Faúndez. Estaba ebria. Dijo que Santander podía estar en cualquier parte, tal vez con una nueva querida en Valparaíso. Cuando los detectives repararon que el hule de una mesa era igual al que

Libros

kilos se hacía notar de inmediato. El comerciante Amar tenía un solo pariente en San Felipe: un sobrino. Este contrató a un abogado para investigar la autenticidad de los poderes pues su tío no le había dicho una palabra al respecto.

Un equipo policial, que incluía a René Vergara, llegó a San Felipe a ayudar en las pesquisas. Los detectives de la zona se mostraron desconfiados. No entendían un interrogatorio sin golpes y apremios. Algunos se retiraron indignados cuando vieron la forma casi amistosa en que la Brigada de Homicidios interrogaba al Tucho. Vergara y los suyos lo interrogaban tranquilamente, sin darle la impresión de que sospechaban de él. El Tucho fue enviado a la cárcel en prisión preventiva. Protestó, incluso, cuando vio los hoyos que había en su casa a raíz de la búsqueda del cuerpo de Amar. '¡Esto no estaba así!', dijo en tono indignado. 'Tienen que dejarlo como estaba sino me querellaré'.

El Tucho Caldera se quebró, sin embargo, cuando le dijeron que se había ubicado al notario (suplente) que había formado los supuestos poderes otorgados por Amar. Lo había hecho a cambio de dinero que le pagó el Tucho que ya no pudo más. Estalló en gritos histéricos: '¡Sí, sí, aquí mismo lo maté!' Había dividido el cuerpo de Demetrio Amar en 17 partes que había llevado a la casa de Aníbal Chaparro, en las afueras de San Felipe. Cuando la policía llegó allí llamando: '¡Arriba, Aníbal Chaparro!', el Tucho se adelantó: '¡Estamos descubiertos, Aníbal. Saben que tú lo mataste!'.

Sin embargo, el Tucho había golpeado con un martillo en la cabeza a Amar hasta darle muerte.

Si algo caracterizaba al Tucho Caldera era el cinismo. Cuando el sobrino de su víctima le preguntó por qué Amar le había dado esos poderes materiales, respondió: 'Tal vez desconfiaba de ustedes'. El relato de René Vergara muestra a María Elsa, hija del Tucho, como una víctima de su padre. Se veía triste y avergonzada, ignorante de lo que ocultaba ese extraño matrimonio por poder con el comerciante árabe que podía haber sido su abuelo.

ALICIA BON Y EL DOCTOR PELLICIER

El caso de Alicia Bon, bella liceana de 17 años, causó un impacto que duró años, aunque se resolvió en pocos meses.

MATÓ a ALICIA BON



La madre de Alicia Bon, afirma: Pellissier es el responsable moral del crimen

Era la historia de una muchacha del barrio Matadero que se enamoró de un hombre mayor, el doctor Guido Pellicier, de 31 años de edad. Aquel día de junio de 1944 dijo en su casa que iba a ver la película 'Loco por ellas' de Judy Garland. Su destino no era ese, sin embargo, sino un paseo en automóvil con su pololo por el camino de Pedreros, al sur de Santiago. Se encontraban en el automóvil estacionado cuando se produjo un disparo proveniente de unos matorrales. El proyectil se partió al chocar con una pieza metálica del auto, produciendo una herida leve al médico y otra muy grave a la joven. El había logrado bajarse y hacer unos disparos hacia el lugar de donde provino la bala. Alicia Bon falleció en la Posta 2.

El hecho, por las características de los personajes y su relación sentimental, produjo una reacción enorme. El diario 'Las Noticias Gráficas' llegó a vender 200 mil ejemplares diarios. La mayoría no creía en la versión del doctor Pellicier, que alegaba inocencia. Se pedía la pena de muerte para él. La familia de la joven designó abogado



y afirmó que el médico tenía al menos responsabilidad moral. Un comentarista apuntaba: 'Es demasiada diligencia la del doctor Pellicier al llevar a Alicia Bon a tomar aire tan lejos y con los vidrios subidos'. Pellicier, por su parte, afirmaba que había fumado unos cigarrillos y había conversado con la joven. Su propósito, decía, era casarse con ella.

Para los funerales de Alicia Bon, centenares de mujeres enlutadas cruzaron las calles rumbo al Cementerio General. Había impresionado mucho una foto de la joven haciendo la primera comunión que su madre entregó a la prensa. Una delegación de mujeres entregó al presidente de la República una carta firmada por diez mil madres exigiendo mano firme con el culpable.

Cuando el examen médico dictaminó que Alicia Bon era virgen surgieron declaraciones indignadas contra el Instituto Médico Legal porque 'claro, están ayudando a un colega'.

Las cosas se aclararon desde el punto de vista legal, pero en muchos aspectos quedó la impresión de que Guido Pellicier

tuvo la culpa. René Vergara lo defiende en su libro. El médico, según él, soportó su propia herida, la agonía y la muerte de Alicia y soportó también 'el calvario público de un proceso asaz criminal, ciego, irregular y estúpido'.

Se descubrió después quiénes eran los culpables: dos individuos que cometían robos y asaltos en el camino Pedreros, solitario sector del Santiago de ese tiempo.

Se escribieron canciones sobre el caso. Una, 'Alicia Bon, mujer maravillosa', perduró hasta no hace mucho. El famoso 'Ciego' Perales escribió 'El gran crimen de Chile' y todos los ciegos cantores de Santiago incluyeron la canción en sus programas. El autor del crimen, Juan Castro Bulboa, fue condenado a veinte años de presidio, pero salió a los doce años y nueve meses en libertad tras una ceremonia a la que asistieron importantes autoridades penitenciarias. Se subrayó la buena conducta de Castro en la Penitenciaría y 'sus múltiples favores en beneficio del Servicio de Prisiones'.

SERGIO VILLEGAS

Razzias que fomentan el crimen

En el capítulo sobre Alicia Bon, René Vergara critica las razzias policiales lo que no resulta hoy del todo extemporáneo. Dice Vergara: 'Un detective en razzia siempre es joven; tiene que correr, saltar, golpear con los puños, con los pies y con el revólver, detener, forcejear, esposar, blasfemar, romper, etc., durante dos o tres horas. Lo sabe desde que los reúnen en el teatro del Servicio junto a sus compañeros y deja en su casa o su oficina espejo, peineta, la billetera y hasta la placa. Los de mayor oficio se ponen los trajes más viejos y sacan a relucir laques de goma ('tontos'). Ya en el lugar de la razzia empiezan por pedir carnet y a tironear, luego entran a golpear, a

arrastrar, a arrasar de lo que venga. Los que pueden huir, lo harán entre disparos al aire que a veces dan en la pierna o en la espalda del corredor. Después, en el cuartel, se entra a clasificar lo recogido en las redes, por eso se conoce a la policía civil como 'la Pesca'. Se toman fichas dactiloscópicas de los 'sospechosos' para simplificar la búsqueda de historias en los archivos. Pasan dos o tres días y se ordena la libertad del grupo. Puede ser que alguno quede porque cuando niño estuvo metido en un hurto o en lesiones. Si alguno de los 'sospechosos' ha sido seriamente lesionado, saldrá cuando se mejore. La detención de cada uno quedará anotada. Si, mala suer-

te, vuelve a caer en otra razzia, es muy probable que se convierta en 'casero de la policía'. Será detenido por cualquier funcionario en cualquier parte.

Las razzias han significado el mayor éxodo de funcionarios policiales, en especial de los que aún no se han enraizado en el bestial oficio. No son inútiles, son contraproducentes: los sospechosos se convierten en delincuentes porque es lo menos que puede hacer un hombre golpeado, vejado y detenido por la investigación de un crimen del que no tenía la menor idea.

Se ordenan estas razzias porque los 'jefes' no tienen oficio policial alguno y se desesperan cuando los casos demoran en solucionarse y porque este pueblo todavía no ha reaccionado contra el daño que una mala policía le hace a su clase más baja.

Casi todo jefe policial ha escalado sobre cadáveres y dramas hondos, sobre flagelados e inocentes, sobre humildes y lágrimas silenciosas, por la sociedad y el apático sistema heredado siguen permitiendo tan incalificable acción policial. Más de una puñalada, tiro o lazo ha sido dado a manera de desquite por estos zombies y se seguirán dando sobre policías ebrios, dormidos o descuidados.

Una de las más fuertes raíces de la violencia policial se alimenta en los propios cuarteles policiales. La sumisión es casi siempre una espera por la oportunidad de la venganza. Injusticia, servilismo al jefe -forma obligada para mantenerse en el cargo- y sadismo, concurren para formar cuatro poderosos motores policiales que carburan, día a día, el aumento del crimen'.